

## Una relación peligrosa: Arendt- Heidegger

Heidegger vuelve a escena y lo hace ahora –después de la importante biografía (y biografía intelectual) de Elisabeth Young-Bruehl– de la mano de Elzbieta Ettinger\*, profesora de humanidades en USA y autora de varias obras, entre ellas la novela *Kindergarten* y una biografía de Rosa Luxemburgo. Ettinger ha rastreado la relación entre Martin Heidegger y Hannah Arendt. Este librito puede leerse como un complemento de esa monumental biografía mencionada. Hay que decir inmediatamente que es injusto que Ettinger no mencione a Young-Bruehl. El problema de esta relación, que muy bien narra en su libro, estaba ya bastante planteado en la biografía y estudio del pensamiento de Arendt: *Hannah Arendt. For Love of the World* (1982). Además, en ella se hace más evidente todo lo que Arendt pensaba de la obra de Heidegger, las causas de su interés y las no menos fuertes de su lejanía. La historia es ya muy conocida: un día de 1924, en la universidad de Marburgo, Hannah Arendt asiste a las clases de Martin Heidegger. Desde 1925 a 1930 fueron amantes (Heidegger estaba casado con una señora de armas tomar

que fue, con el transcurrir de los años, una ferviente animadora del nazismo). El filósofo se afilió al Partido Nacionalsocialista en 1933. La amistad se rompe en esa fecha y se reanuda en 1950, continuando hasta la muerte de la pensadora, unos meses antes del fallecimiento del autor de *Ser y tiempo*.

Heidegger fue nombrado en 1933 rector de la Universidad Albert-Ludwig de Friburgo y pronuncia, poco más tarde, su terrible discurso afín a la ideología nazi. Arendt, en la misma fecha, es arrestada por la policía de Berlín. Durante su época de rector, Heidegger bloqueó las carreras académicas de varios estudiantes (Baumgarten, Max Müller) por encontrarlos poco fervorosos respecto del Tercer Reich. Pero su afinidad con el movimiento nazi es anterior, porque de 1929 data una carta suya (dada a conocer en 1989), dirigida a un alto funcionario del Ministerio de Educación, en la que se denuncia la «creciente judaización» de la universidad. En el mismo año de su nombramiento, el maestro de Heidegger, Husserl, recibe una circular, firmada por el primero, en la que se le prohibía entrar en el edificio de la universidad. Al reeditarse *Ser y tiempo*, Heidegger anula la dedicatoria a Husserl. Además de sus desplantes a sus amigos judíos, hay hechos generales que no le

\* Hannah Arendt y Martin Heidegger, Elzbieta Ettinger, traducción de Daniel Najmías. Ed. Tusquets, Barcelona, 1996.

afectaron, como que su amigo Jaspers fuera excluido de toda actividad académica desde 1933 por estar casado con una judía y que en 1937 se dejaran de publicar sus obras en Alemania. Hay un largo etcétera que convierte a Heidegger, a los ojos de cualquier persona decente, en un hombre mezquino, mentiroso y terrible. Pero hay otro Heidegger: el gran profesor, el *último* metafísico, el seductor que logró apoderarse de la crítica de personas tan inteligentes como Jaspers y la misma Arendt, hasta el punto de que no se atrevieron a romper con su amistad. Es verdad que Jaspers tuvo una actitud más distante, pero nunca lo fue del todo, nunca rompió totalmente con Heidegger. En cuanto a Arendt, pasó de ser su amante a su amiga, pero una amiga (se había casado en 1929 con Günther Stern y luego con Heinrich Blücher) que rivalizaba con la esposa del filósofo. Por otro lado, no fue un verdadero amor: Heidegger nunca la consideró su igual sino su alumna, su seguidora, su lúcida oyente, pero jamás la reconoció como pensadora y sólo una vez, en su vejez, deslizó un elogio y no sobre sus obras principales sino respecto a un artículo. Y esto es sorprendente porque ella alcanzó en vida la fama por sus valientes y lúcidos ensayos sociales y de teoría política. Aunque reconoció que se hacía la tonta con Heidegger, nunca se preguntó la causa. Conocía las leyes del juego, pero no el significado del mismo. No hay al menos,

y el libro de Ettinger tampoco lo muestra, ningún testimonio de lo contrario. La palabra a la que estamos dando vuelta puede ser humillación. A pesar de que sabía que Elfride Heidegger era y fue siempre nazi y que el filósofo no se arrepintió jamás de haberlo sido, no tuvo el coraje de enfrentarlo ni de criticarlo públicamente, salvo en una ocasión que más tarde desmentiría influída por una conversación con Heidegger en la que éste mintió al decirle que no había tenido nada que ver con el nazismo, más bien todo lo contrario: había ayudado a muchos judíos, etc. Ettinger no hace uso de la psicología para penetrar en la vida de Arendt: la muerte de su abuelo paterno, con quien estaba muy unida, y la de su padre, muerto de sífilis cuando ella contaba siete años; el casamiento de su madre, a los trece años de Arendt, con un hombre que fue siempre para ella un extraño, etc. Su despertar al mundo fue la constatación de la extrañeza y de la inseguridad. Además, a estos desconciertos unía su condición de judía. Sin embargo, Arendt fue una mujer socialmente segura, intelectualmente penetrante, capaz de grandes desafíos, incluso, dice Ettinger, arrogante en ocasiones; pero no con Heidegger. Ante él nunca estuvo segura. ¿Qué era entonces Heidegger para ella? El filósofo tenía treinta y cinco años, casado y padre de dos hijos, cuando se declaró a Arendt, de dieciocho años. Acababa de terminar el manuscrito de *Ser y tiempo*. Se había

enamorado de Arendt y quería ser —un deseo que lo acompañó toda su vida— un ídolo para ella. Lo consiguió. Si pensamos que Heidegger representó la figura paterna (suplantada en su casa por un extraño), que al enamorarse de ella la situó de nuevo en el hogar y que por ello Arendt ante él no tenía palabra, no tenía pensamiento sino sólo adoración, apenas apuntamos una señal de algo más profundo. Arendt no quiso oír ni ver las evidencias, incluso llegó a reconciliarse con la mujer del filósofo, formando un par de amantes del genio de Selva Negra: Elfride, esposa; Arendt, el oído lúcido, el aliento de quien entiende pero no disiente. Si Arendt se hubiera distanciado de Heidegger o lo hubiera criticado públicamente, y razones no le faltaron, inconscientemente, a pesar de que vivía un matrimonio muy seguro con Blücher, tal vez habría vuelto al mundo desconcertante de su infancia. No digo que esto pudiera ser así sino que posiblemente fue un miedo que le acompañó toda su vida. Hannah Arendt, la intelectual preocupada por el mundo social, por la dimensión política de lo humano que ella convirtió en radical, era dueña, a su vez, de un pequeño misterio lleno de reflejos que convirtió su relación, con la persona Heidegger, en real e irreal. Heidegger, sin dejar de ser él, era también un fantasma ante quien la pequeña Arendt disimulaba su sospecha. Finalmente: aún necesitamos un buen ensayo

sobre esta intrigante relación que tiene, por un lado una dimensión íntima y por el otro, un lado social, histórico.

**Juan Malpartida**

## Epistolario de Pedro Salinas

Parece ser que la primera carta data de hace unos cuatro mil años, y se trata de una carta de amor escrita en Babilonia. Luego hubo cientos de años de grandes intermitencias hasta que en Inglaterra, en 1840, se puso en circulación el sello de correo. En nuestros días la correspondencia entendida en el sentido clásico (un papel escrito que se envía a alguien distante para comunicarle algo) ha disminuido en relación a lo que ha sido hasta hace bien pocos años. La proliferación mundial del teléfono, el fax y el correo electrónico han replegado la carta a una tarea anticuada. Tal vez el correo electrónico sea lo más parecido. Uno se acerca a ese buzón mágico para preguntarse si hay noticias, como nos acercamos a nuestro buzón cada día para abrimos paso entre la maleza de publicidad a la búsqueda de la carta.

Gracias a que el progreso no lo es de manera definitiva, es decir que no terminamos de progresar, y por lo tanto a lo mejor volvemos a la carta, tenemos la oportunidad de leer correspondencias que despiertan nuestra pasión de lector, como ésta de Salinas editada con celo y competencia por Enric Bou\*. En estas amplias 255 páginas se antologan las cartas que Salinas escribió a su familia y a algunos amigos, especialmente a Jorge Guillén. Son las cartas del Salinas viajero o simplemente ausente de algún supuesto o real hogar, desde su noviazgo con Margarita Bonmatí al comienzo de la segunda década del siglo, hasta su muerte en 1951. Las cartas dirigidas a Guillén ya habían sido publicadas en un grueso e interesante volumen: *Correspondencia, (1923-1951)*. El criterio de introducir las aquí está justificado porque da coherencia a lo que podríamos denominar novela o autobiografía epistolar.

Hay que señalar lo que ya sabíamos tanto por *El defensor* como por las otras prosas de Salinas, su calidad prosística. En el intercambio con Guillén se hace evidente que el poeta madrileño, inferior a Guillén, le supera con mucho en la prosa. No es cuestión de ser cicatero con Guillén, que logró uno de los momentos más altos de nuestra poesía en este siglo, sino de recordar lo que el mismo Guillén sabía, que su amigo Salinas debería haber escrito más en prosa, especialmente crónicas, género en el que demostró maestría y facilidad.

A veces creo que es lícito recordar al Calvino cronista. Las cartas aquí reunidas se podrían definir en tres bloques: las enviadas a su novia (luego esposa), un grupo menor, a sus amigos o correspondientes literarios y, finalmente, las que dirigió a sus hijos, aquéllas que él denominaba «carta familiar». En las escritas a su mujer, se observa una gran soltura, sentido del humor, y una libertad que no se permitió en sus poemas. En sus poemas es mucho más aburrido, mientras que aquí la escritura se dobla, salta, despliega rostros instantáneos sobre una misma línea mantenida por lo que es justo denominar gracia. Al comienzo de esta correspondencia con la novia, todavía encontramos algo antiguo, quizás cursi, influido tal vez por su admirado Juan Ramón Jiménez; pero no tarda Salinas en convertir la debilidad en fortaleza. Creo que es el humor el que opera este cambio constante hasta llegar a escribir cartas que son verdaderos textos literarios. Son una creación literaria. Sus descripciones, hechas para sus hijos, de los logros tecnológicos del mundo norteamericano son estupendas: demuestran sensibilidad, dotes inusuales de observación y gusto por la comunicación. Lo mismo hay que decir de su virtuosidad como retratista o su don de síntesis cuando necesita hacerse entender en algún sentido abstrac-

\* Cartas de viaje (1912-1951), *Pedro Salinas, Edición, prólogo y notas de Enric Bou, Ed. Pre-textos, Valencia, 1996.*